

# ANALES DE LA UNIVERSIDAD

## LECCIONES ORALES DE LEGISLACION

POR ELIAS LASO. — Profesor en la Universidad

(Continuación. — V. el nº 78, pág. 19)

### LECCIÓN 63.

#### LIBERTAD DE COMERCIO.

Esta es una de las cuestiones económicas que más ha agitado á los economistas; aun antes de haber establecido los principios fundamentales de la ciencia, los fisiócratas la trataron y la resolvieron; pero contrariando el principio que proclamaba su escuela, pues si la agricultura fuera como ellos aseguraban, la única fuente de riqueza, ella debía ser protegida antes que las demás industrias improductivas; pero separándose de su sistema dijeron:

«Dejar hacer, dejar pasar».

La libertad de comercio así como todas las grandes cuestiones sociales, es compleja; pues pertenece á la Moral y á la Economía política, hay pues que verla en todas sus facetas para estudiarla con provecho.

El cambio, dicen los moralistas es un derecho como el de la propiedad; es la propiedad misma, porque ésta sin el cambio sería una utopía, una ilusión, un derecho sin utilidad y sin objeto. Privar á un individuo del derecho de cambiar sus productos según le convenga, es legitimar un despojo; es herir la ley de la justicia; es privar al individuo de su natural independencia. Privar al hombre del derecho de proveerse el mismo de lo que ha menester para la satisfacción de sus necesidades físicas, es un atentado igual al de oponerse á que escoja los medios de perfección moral. Si se le pone bajo la tutela de la autoridad para todo lo relativo á su desarrollo físico, se establece una tiranía mayor, si cabe, que sujetándole á una tutela moral cuando ha salido ya de la me-

nor edad. Así como el derecho de la autoridad se limita á castigar el quebrantamiento del orden moral por el delito, así también está limitada á prohibir que un individuo se provea de medios de subsistencia atacando derechos ajenos; en todo lo demás el hombre debe tener la completa libertad é independencia que le dió el Supremo Hacedor.

Si la ley no opusiera barreras y obstáculos por medio de la fuerza, dicen los economistas, y la entrada y salida de todas las mercancías fuera libre dentro de una nación y fuera de ella; en una palabra, si hubiera libertad de comercio viviríamos bajo el régimen natural aplicado á la circulación de la riqueza, sin más estorbos que la imperfección de los caminos y la navegación de los mares, lagos y ríos. ¿Qué sucedería en este grado de libertad? Se efectuaría una espontánea división del trabajo, con arreglo á las condiciones peculiares de cada pueblo; el capital se distribuiría con arreglo á la misma ley natural; cada país fabricaría mejor y más baratos los productos de su especialidad; el consumo animado por la abundancia y la baratura, excitaría la producción, que á su vez influiría activamente sobre el consumo, y se obtendría el mínimo de esfuerzos perdidos, de tentativas vanas y de capitales aventurados. Perdiendo la humanidad la menor suma posible de fuerzas productivas, el nivel de la riqueza pública se elevaría rápidamente, y la fácil satisfacción de las necesidades físicas dejaría á los trabajadores el solaz necesario para el cultivo del entendimiento, y les inspiraría la afición á los goces morales.

Restringir la libertad de comercio es desconocer el pensamiento providencial que preside á los destinos del mundo, que variando los climas, las estaciones, las fuerzas naturales y las aptitudes, quiso obligar á los hombres al cambio á fin de unirles con lazos de fraternidad universal.

Las antiguas leyes restrictivas formaron esos odios de pueblo á pueblo, que el catolicismo ha moderado mucho, influyendo en la fraternidad individual por medio de la moral, y en la nacional por el derecho cristiano de gentes; pero que sólo el libre cambio puede hacer que desaparezca, manifestando á la humanidad que los intereses de los individuos y de las naciones están en armonía, porque así los organizó Dios; y que si hay constantes perturbaciones es porque el hombre se ha empeñado en contrariar la obra de su Criador.

La producción descansa hoy en bases artificiales. Es menester abandonar las producciones exóticas, las in-

industrias facticias, los monopolios, los comercios artificiales, las empresas dirigidas por los gobiernos, que sólo prosperan á la sombra del privilegio y de la fuerza. Las industrias naturales y espontáneas ofrecerán á todos los países más trabajo, más utilidad y más beneficio. Destruyanse las barreras aduaneras; aplíquese cada hombre, cada pueblo á producir sólo aquello que pueda producir mejor y más barato que los demás, y como al fin no pueden pagarse productos más que con otros productos, preciso será que nos tomen los que ofrezcamos; á no ser que nos den de valde los que hayamos comprado.

Pero si es verdad que el derecho de cambiar es el mismo derecho de propiedad, también es cierto que así como el uso de la propiedad tiene límites naturales, así los tiene el cambio. Mas bien dicho, así como hay abusos de la propiedad que la autoridad debe reprimir, así mismo los hay en el cambio. Si debe haber libertad de comercio ésta debe reprimirse cuando ataca la moral, como sucede, por desgracia, en la venta de objetos obscenos, de libros inmorales y antirreligiosos, de pinturas deshonestas. Entre estos artículos, cuyo comercio debe prohibirse, enumeran algunos las armas y las municiones de guerra; pues quieren que éste sea un monopolio propio de los gobiernos. Difícil es de resolver esta cuestión, pues si todos los ciudadanos estuvieran armados habría, á no dudarlo, muchos abusos; pero habría menos despotismo y tiranías, porque los abusos escandalosos de los ejércitos permanentes sujetos á la obediencia disciplinaria, fácilmente confundida con la obediencia absoluta, no habrían hecho de los supremos mandatarios supremos despotas, como sucedió en la Roma Imperial, la Francia de Luis XIV, la España de Felipe II, la Francia de Napoleón I, y otros muchos grandes despotismos que han hecho gemir á la humanidad. Es verdad que en Roma republicana, todos los ciudadanos estaban desarmados; pero tal vez por esto la aristocracia conservó aherrojado tanto tiempo al pueblo, y este se vió en la necesidad de retirarse al monte Aventino y al Janículo; se sublevó con los Gracos; hizo horrores con Mario y se convirtió en bandido con Espartaco; pues la opresión injusta produce explosiones terribles en el oprimido.

Después de haber reconocido Taparelli que la libertad de comercio es de derecho natural, combate la libertad absoluta asegurando que en ella los ricos ejercerían sobre los pobres una absorción injusta y destructora; pero no dice porque ni como se verificaría este fenómeno. Si la libertad de comercio diera el resultado previsto por Taparelli, también lo daría con más razón la libertad

para estipular libremente los salarios, y entonces la conclusión lógica sería poner á los trabajadores bajo tutela para que no lleguen á ofrecer sus servicio por una cuota menor que el salario necesario, lo cual es un absurdo.

La libertad de comercio, dicen algunos economistas, mata las industrias de los pueblos pobres, que no podrían sostener la competencia con los ricos. Pero si cada pueblo abandonando las industrias forzadas se dedicara á las espontáneas no debería temer la competencia.

La libertad de comercio sería aceptable, dicen otros, si todos los pueblos de la tierra la establecieran á la vez; pero si un pueblo quita sus aduanas cuando otros las conservan se arruinará. Los pueblos, del mismo modo que los individuos, no pueden comprar un artículo sin dar otro de igual valor, por tanto, no hay que temer que el pueblo que adopte el libre comercio se vea inundado de mercaderías, pues sólo recibirá las que siempre ha recibido mediante un retorno; nadie da de valde en el comercio, pues está borrada de su diccionario la palabra *donación*.

Todo esto se ha dicho para defender la libertad absoluta de comercio; pero la experiencia ha confirmado la observación de Taparelli, pues cuando hay libertad absoluta ahoga ésta al trabajador; porque el rico ejerce poderoso influjo sobre el pobre. El rico compra más baratas las primeras materias porque las compra en grandes proporciones; las compra en el lugar en que se producen, sin esperar que vengan traídas por especuladores extraños; las compra cuando están más baratas y las emplea y vende cuando escasean; puede comprar los sucedáneos para bajar el precio del producto hasta el mínimo, aunque sea de inferior calidad. El capitalista puede esperar que los tiempos y circunstancias económicas mejoren sin exponerse á morir de hambre, y por esto determina el salario corriente y le reduce al natural para disminuir el precio de los productos que elabora y facilitar la venta de tal modo, que su constante y pronta renovación le multiplique las utilidades.

Todo esto le es imposible al pobre y por lo mismo tiene que sucumbir en la lucha con el rico. Esta lucha desigual le conduce al comunismo, cuando la autoridad no modera las tendencias absorbentes del rico y las exigencias inmoderadas del pobre.

La libertad de comercio es un derecho natural así como lo es la libertad individual; pero así como á ésta la modera la autoridad cuando traspasa los límites de lo justo, así debe hacerlo con la primera, pues nada hay absoluto en la humanidad; todo está circunscrito á lo justo;

porque así aprovecha al que la ejerce sin, lastimar los derechos de otro.

Si la libertad individual está reglamentada por la patria potestad y la tutela, así debe estarlo la libertad de industria y de comercio en los pueblos incipientes y en los pequeños y débiles para regularizar sus relaciones comerciales con los grandes y ricos.

## LECCIÓN 64.

### CONSUMO DE LA RIQUEZA.

Consumo es la destrucción del valor:

Si pues, hablando económicamente, la destrucción simple de la materia no es consumo, se sigue que este no debe medirse por el volumen, la cantidad ni el peso del producto destruido; sino por el valor que represente, puede consumirse una gran cantidad de paja; mas como el valor de este artículo de riqueza es pequeño, el consumo lo es también: por el contrario, si se destruye un diamante, por pequeño que sea, hay un gran consumo, porque el valor destruido es considerable.

El fin de la producción es el consumo, porque el hombre no puede conservarse ni progresar sin consumir; pero ni aún puede producir un artículo de riqueza sin consumir otros; y por esto es que el consumo se divide en *productivo* é *improductivo*: llámase productivo el que reaparece bajo otra forma pero con mayor valor; así cuando se destruye el sebo y la potasa para fabricar el jabón, el consumo de los dos primeros artículos de riqueza es productivo; porque reaparece bajo forma de jabón, producto que vale más que las dos materias primeras de que se compone; á las veces el consumo de objetos materiales da por resultado un producto inmaterial, que regularmente es de gran valor; por esto es que todos los artículos de riqueza que consume el sabio en su subsistencia, comodidad y adquisición de ideas y de pensamientos verdaderos, bellos y sublimes, es consumo esencialmente productivo. Consumo improductivo es el que no reaparece bajo otra forma de más valor que la primitiva: si no se han combinado en la proporción conveniente el sebo y la potasa, y por eso no se obtiene el jabón, ó resulta de tan mala calidad que su valor no exceda al de las dos materias primeras, el consumo será improductivo, por más que la intención del fabricante haya sido la de producir. El consumo de los criminales, de los

holgazanes es improductivo; porque no reaparece bajo forma alguna provechosa para la sociedad, ni para el individuo.

Puede haber consumos productivos para el individuo é improductivos para la sociedad: cuando un individuo presta á otro una suma de dinero y este la gasta y la derrocha improductivamente, la sociedad nada ha ganado, por más que haya obtenido ganancia el prestamista. Al contrario, puede el consumo ser productivo para la sociedad y no serlo para el individuo, como cuando un individuo, por puro fausto; sostiene una escuela gratuita, pues entonces gana mucho la sociedad con la educación que reciben los niños en dicha escuela; pero el individuo nada gana: hemos puesto la condición de que el consumo se haya hecho por puro fausto, pues si lo ha hecho por caridad, por patriotismo la satisfacción moral que produce la práctica de las virtudes es ya una ganancia, una satisfacción necesaria, un consumo noblemente productivo, no sólo para la sociedad; sino también para el individuo.

El consumo puede ser *total* ó *parcial*, según sea la necesidad ó el objeto.

Senior asegura que hay algunos objetos cuyo consumo es siempre improductivo, como los encajes, las joyas, y los adornos; pero esta proposición es falsa, porque hay casos y hay personas que consumen estos objetos productivamente. Una reina, una mujer de alta sociedad necesita presentarse en público con cierto fausto y distinción, aún en el vestido, y esta consume productivamente los encajes y las joyas: los adornos puede consumirlos productivamente aún el pobre, pues hay artes en que es necesario educar en los aprendices el buen gusto y el sentido estético: el pintor, el músico, el arquitecto necesitan estar rodeados de objetos bellos para beber, digamos lo así, la belleza. En las fábricas de telas de algodón, por ejemplo, que es un producto ordinario y destinado al consumo de la clase pobre, el dibujante que inventa los dibujos y la combinación de los colores gana un sueldo mucho más crecido que los tejedores, escardadores é hilanderos; porque el buen desempeño de su oficio depende del buen gusto y las telas se venden más por el buen gusto del dibujo y el bello efecto de la combinación de las colores, que por la calidad. El consumo es relativo, y por lo mismo no se puede calificar de productivo ó improductivo sino relativamente á la persona y al objeto. Cuando la piadosa Magdalena rompió un precioso vaso de alabastro y derramó en los pies de Nuestro Señor el valioso unguento de nardo puro que

contenía, el materialista que había en el Colegio Apostólico, calificó de improductivo uno de los consumos más productivos que se ha hecho en el mundo, dando un culto divino al que era Dios, y había necesidad de que sea reconocido públicamente por todos los hombres como tal. Esto es lo mismo que sucede cuando en el culto público gasta productivamente la Iglesia Católica sumas enormes, á la vista del materialista ó el impío, pero mínimas á la del espiritualista y piadoso, que como Abel, ofrece al Señor lo más escogido de sus productos. La pompa y magnificencia del culto público eleva al hombre, le purifica, le vivifica, le espiritualiza, le mejora y le hace no sólo productor, sino utilísimo para la humanidad, la patria, la familia y para consigo mismo. Refiere Flavio Josefo, que cuando Alejandro el Grande marchaba furibundo contra Jerusalén, el Sumo Sacerdote Jaddó, le salió al encuentro, vestido de las ricas y magestuosas vestiduras pontificales y Alejandro á pesar de estar acostumbrado al lujo y magnificencia de la corte de su padre, Filipo, sintió una impresión de respeto que le obligó á escuchar al Sacerdote, conceder la paz á los judíos, perdonarles el tributo en el año sabático y dejarles el libre ejercicio de su culto y de sus leyes.

El consumo más productivo es el que produce un valor mayor que el destruido, ó el que destruye menos que el producido.

Entre los consumos productivos, regularmente son mejores y más provechosos los rápidos, porque así se renuevan más rápidamente los actos ó trabajos productivos. Entre los consumos improductivos son mejores los lentos, porque ahorran consumo; por esto es que contiene una verdad económica el adagio vulgar: *lo barato sale caro*; pues ciertamente hay economía en comprar una tela que valiendo cuatro dure como ocho, antes que otra que valiendo como tres, dure sólo como uno. Por esto es uno de los adelantos modernos el de poder conservar algunas cosas expuestas á la putrefacción ó la rápida destrucción, como el pescado, la carne, la leche y las frutas.

Los consumos en asociación son regularmente más económicos; un individuo no puede subsistir cómodamente con menos de un peso diario, y una familia de diez personas subsiste cómodamente con cuatro, haciendo un ahorro de un ciento por ciento.

Los hábitos de aseo sirven prodigiosamente para el consumo productivo: en Holanda los muebles, las casas, los vestidos duran más que en otros lugares por el esmerado aseo de los holandeses.

## LECCIÓN 65

## CONSUMO PRIVADO.

Toda sociedad se divide en dos grandes grupos *productores y consumidores*: en el primer grupo hay algunas excepciones, más al segundo pertenece todo individuo de la especie humana, porque sin consumir no se puede vivir. En cada individuo están confundidos estos dos caracteres; sin embargo, la Economía política los separa para estudiarlos, asegurando que el individuo en su calidad de consumidor pertenece á la sociedad más que por la de productor.

Los pueblos ricos y adelantados en civilización consumen más que los pobres y atrasados, porque á medida que un pueblo progresa se aumentan á la par las necesidades y los medios de satisfacerlas. Algunos, citando á los Espartanos, han dicho que el hombre es más feliz mientras menos necesidades satisface; si esto fuera cierto, la barbarie, la inacción, la muerte, el aniquilamiento serían la perfección, lo cual es un absurdo. El hombre no es feliz cuando sufre las privaciones sino cuando satisface las necesidades reales, sean físicas, molares ó intelectuales.

Algunos entendimientos vulgares han acusado á la Economía política de estar en pugna con el Evangelio, porque éste, dicen, predica la abstinencia absoluta, cuando aquella busca la riqueza y la facilidad de satisfacer todas las necesidades. Cuando Dios le dijo al hombre que comería de su sudor y trabajo, le dió el trabajo como medio para la satisfacción de las necesidades de que le rodeó; y sería un absurdo, una blasfemia suponer que Dios tuvo la crueldad y cometió la injusticia de imponer al hombre necesidades, darle el medio de satisfacerlas y prohibirle el hacerlo. Sumergir al hombre en una rica y abundante multiplicidad de medios de subsistencia, y prohibirle abrir la boca para recibirlos, habría sido condenarle al sacrificio de Tantaló. El Evangelio contiene preceptos para todos los hombres, y consejos para aquellos á quienes constituye modelos. Nadie puede entender y practicar mejor la ley que su autor, y Cristo, Nuestro Señor, satisfizo sus necesidades y permitió que sus apóstoles las satisficieran, como debe satisfacerlas todo hombre, sobriamente, según su estado y condición. A los que por esto le reprendieron; pues fariseos hubo entonces como los

hay hoy, les dijo: *vino Juan que no comía ni bebía y decías: está endemoniado. Vino el Hijo del Hombre que come y bebe, y decís: he aquí un hombre voraz, bebedor de vino, y amigo de los alcabaleros y pecadores.* Cuando los fariseos le dijeron que reprenda á los apóstoles porque restregando las espigas del sembrado por donde pasaban se las comían les dijo: *¿no habéis leído lo que hizo David con los panes de proposición?..... Si supierais qué significa: la misericordia quiero, y no el sacrificio, nunca hubierais condenado á unos inocentes.* (San Mateo Cs. XI y XII.) La Economía política de acuerdo con el Evangelio prohíbe el fausto, prohíbe los consumos improductivos, prohíbe el lujo, la avaricia y la prodigalidad. Puede asegurarse sin exageración que una de las ciencias más arrimada á la moral es la Economía política; pues la ciencia económica no es más que la declaración de las leyes inmutables de la Justicia Divina aplicadas al desarrollo de la riqueza; lo que no es justo no es económico. Esta ciencia ha tenido, como todas, sistemas absurdos; pero los sistemas, las opiniones de uno que otro economista, no es la ciencia; si así, fuera la filosofía, la teología misma deberían ser rechazadas como absurdas, porque han existido filósofos, han habido teólogos, que han sostenido absurdos. Pero por desgracia la Economía política es ciencia nueva y la calumnian los que jamás la han saludado: bien que estos tales no merecen más contestación que la de Horacio: *rissum teneatis amici.*

Los consumos más ventajosos, y por lo mismo más económicos son los siguientes:

1<sup>o</sup> *Los consumos que sirven para satisfacer necesidades reales:* es decir aquellos que son necesarios para la conservación de la vida, la salud, la instrucción, la moralidad de las costumbres y el cumplimiento de los deberes para con Dios, la sociedad y los demás hombres.

2<sup>o</sup> *Los consumos que se hacen en común;* en estos hay grandes economías cuando la comunidad ó la asociación no pasan de cierto límite; pues cuando se ensanchan demasiado los gastos de administración, crecen hasta superar á los gastos que cada uno de los individuos necesitaría hacer para gozar de iguales comodidades. En esta clase de vida hay ahorros; pero no hay completa independencia. La vida del francés es vida de hotel, la vida del inglés y el alemán, muy especialmente en Westfalia, es de familia; en esta última, aunque cueste más, se conservan las afecciones de familia que tanto favorecen la economía y la moralidad.

3<sup>o</sup> *Los consumos lentos,* con la advertencia que hi-

cimos en la lección anterior. La lentitud ó rapidez del consumo depende en gran parte del clima, pues en los climas cálidos la fermentación destruye muchas de las provisiones de boca; en los húmedos los utensilios de fierro necesitan cuidado especial para conservarse, los vestidos duran menos. El cuidado que proviene de la educación y de los hábitos de economía, obtiene grandes economías. La moda; bien que los males que ella produce se neutralizan en parte, porque los pobres pueden comprar más baratos los artículos de riqueza que desechan los que tratan de sostenerse los primeros en la moda.

Concluiremos esta lección escuchando á Bastiat que al refutar aquella idea vulgar de que el consumo de un valor es siempre útil y económico, porque da origen á la producción de otros valores, dice:

«Cuando se rompe un vidrio, suele decirse: no hay mal que para bien no venga; estos accidentes hacen prosperar á la industria; es preciso que todo el mundo viva. ¿Qué sería de los vidrieros, si los vidrios no se rompiesen nunca?»

«Ahora bien, suponiendo que haya que gastar dos francos para reponer el vidrio roto, es muy cierto que este accidente hace afluir dicha cantidad á la industria vidriera y la estimula en la medida de dos francos: *esto es lo que se vé.*»

«Pero no es menos cierto que los dos francos hubieran podido gastarse en otra cosa, en comprar, por ejemplo un par de zapatos: *esto es lo que no se ve.*»

«Por manera que, si hacemos la cuenta de la industria en general, tendremos que la industria vidriera ha recibido á la verdad un estímulo de dos francos, pero que la industria del zapatero ha dejado de recibir otro estímulo igual; de donde resulta que lo que se ha ganado por un lado se ha perdido por otro, y que no trae ventaja alguna el que los vidrios se rompan.»

«Hagamos ahora la cuenta del dueño del vidrio. En la primera hipótesis, la del mismo vidrio roto, gasta dos francos en reponerle, y tiene, ni más ni menos que antes, el goce de un vidrio. En la segunda, es decir, si no se hubiera roto el vidrio, hubiera gastado dos francos en calzado y tendría el vidrio más un par de zapatos. Pero como la persona de que se trata forma parte de la sociedad, resulta que esta, tomada en conjunto y hecho el balance de sus ganancias y sus pérdidas, ha venido á perder un vidrio.»

De aquí se deduce que los consumos improductivos

son perniciosos y antieconómicos, no solo para el que los hace, sino también para la sociedad.

## LECCIÓN 66

### DEL CONSUMO INDUSTRIAL.

La Providencia, siempre sabia y siempre justa, ha hecho que el interés individual, teniendo clavados sus ojos de Argos sobre todos los mercados del mundo, observe atentamente la oferta y la demanda de todo artículo de riqueza, y esté pronto á buscar el nivel natural, ó á restablecerle lo más pronto posible cuando se perturba.

Tanto en el individuo como en la sociedad la regla general es la marcha uniforme del consumo y la producción; pero dejando siempre esta un pequeño residuo que sirve para formar los capitales.

Pero así mismo, tanto en el consumo individual, como en el de la sociedad hay perturbaciones y desequilibrios originados por varias causas que hoy estudiaremos.

Las leyes económicas que conservan el nivel entre la producción y el consumo son las siguientes:

1.<sup>a</sup> Los elementos productivos se aplican á la industria que deja mejores utilidades; porque subiendo el precio en razón directa de la demanda, el productor reporta mayores beneficios.

2.<sup>a</sup> El interés individual establece el equilibrio entre la producción y el consumo, porque cuando por haber sido escasa la producción se aumenta la demanda, los capitales y los brazos acuden á la producción del artículo que ha escaseado, y vice versa, se alejan de la que abunda; pues emigran á otra industria, á otra provincia ó á otra Nación.

Cuando desaparece el equilibrio entre la producción y el consumo, desaparece también el nivel general entre la oferta y la demanda, ya que estas siguen de muy cerca á aquellas; esta perturbación se llama *crisis*, nombre genérico que se aplica á toda perturbación sea agrícola, industrial, mercantil ó monetaria.

El síntoma general de la *crisis* es el entorpecimiento de la circulación de los productos; pero los síntomas particulares son tan variados y múltiples que es difícil clasificarlos. En las *crisis industriales* los síntomas principales son la dificultad de allegar los capitales fijos y circulantes; dificultad de encontrar las primeras mate-

rias y finalmente acumulación de los productos que no encuentran pronta salida; á esta plétora de productos dan los ingleses el nombre de *glut*. La crisis para la clase obrera consiste en la dificultad de encontrar trabajo y en la disminución del salario. Para el consumidor la crisis consiste en lo subido del precio de los artículos, y á las veces en la total dificultad de conseguirlos, teniendo necesidad de apelar á los sucedáneos. Pero lo que más se resiente en una crisis es el crédito; pues vive de la confianza y faltando esta le falta su principal alimento: todos los efectos de crédito bajan; los descuentos se precipitan, el dinero se esconde y después de todo esto vienen las quiebras de las casas y sociedades mercantiles y con ellas el *pánico* en todas las poblaciones; el pánico es la crisis en su periodo álgido.

Las crisis dice el Sr. Sanromá se dividen en dos clases—*necesarias y permanentes y accidentales y transitorias*.

Necesarias y permanentes son aquellas que son la consecuencia lógica de los cambios radicales de las condiciones ordinarias del trabajo; estas crisis son inevitables porque nacen del progreso de la humanidad y del adelanto de las ciencias y las artes; por esta misma razón son permanentes, puesto que el hombre no suele abandonar los adelantos y mejoras una vez conseguidas. Las máquinas, los nuevos métodos, los motores más poderosos, las fuerzas arrancadas á la naturaleza son otras tantas causas de crisis necesarias y permanentes. Cuando se inventó la imprenta sufrieron una crisis de esta clase los copistas; con las máquinas de hilar el algodón la experimentaron los hilanderos á mano; con la emancipación de los esclavos en los Estados Unidos del Norte y en Rusia la experimentaron respectivamente en estos dos países. Pero la naturaleza atenúa los efectos desastrosos de estas crisis, porque los nuevos inventos regularmente son caros y no están al alcance de los pequeños capitalistas, resistiéndose además á ellos la rutina. Respeto muchísimo la clasificación hecha por el Sr. Sanromá, pero creo que el calificativo de *permanentes* dado á las crisis necesarias no es de lo más exacto, pues lo que pudiera decirse de ellas es que son *prolongadas*; pero permanentes, de ningún modo, ya porque pasan después de un periodo más ó menos largo, ya porque si lo fueran la humanidad habría dejado de existir: la historia acredita esta verdad, después del descubrimiento de Arckwright la crisis necesaria fué terrible para los hilanderos de algodón, pero hoy no queda rastro alguno de ella; antes bien el número de los hilanderos y el sala-

río de estas subió á una altura prodigiosa; pues antes habia en Londres tan sólo 80,000 hilanderos, que ganaban un salario miserable, pero diez años después de la invención de las máquinas contábanse doscientos mil obreros con salarios crecidos. Lo que hay de permanente es el adelanto, pero la crisis no lo es.

Crisis accidentales y transitorias son aquellas que no cambian, y que solo *alteran* las condiciones del trabajo. Las causas que suelen producir estas crisis son las siguientes:

- 1.<sup>a</sup> Falta de conocimiento de los mercados.
- 2.<sup>a</sup> Monopolios.
- 3.<sup>a</sup> Trastornos naturales.
- 4.<sup>a</sup> Desórdenes políticos.

Entre las crisis accidentales las peores son las causadas por la guerra, puesto que á mas de las pérdidas, ruinas y deterioros, no se limitan á perjudicar á una sola industria, sino á todas; el primer efecto de la guerra, principalmente la civil, es el retiro de los capitales de la producción para esconderse y emigrar en busca de seguridad; en esta clase de guerras surge regularmente la hez de la sociedad, aquella clase social que por sus malas costumbres carece de suficientes medios de subsistencia y que perturba el orden por pescar algo que mejore su condición; los empréstitos forzosos, las contribuciones de guerra son la mina de los más audaces, contentándose los subalternos con las *requisas*, los merodeos y los rescates de los reclutados. Esta es la regla general; pero hay guerras necesarias en las cuales se trata de cosas santas, como la Religión, la libertad, la independencia y la honra nacional; en estas el ciudadano debe sacrificarlo todo

Continuará.